

Cartas de California

Los Angeles, enero 8 de 1928

Monseñor Rafael María Carrasquilla—Bogotá.

Estimado amigo:

Feliz año nuevo le deseo, y con ello quiero decir que nada será tan grato a mi corazón como saber que S. S. tiene fuerzas para continuar en la lucha que Dios y la Patria le han impuesto.

El año nuevo aquí fue alegre como en todas partes, como dondequiera que suena el nombre cristiano: y para que vea lo espléndido que estuvo, basta con referirle que para evitar sucesos graves por aglomeración de gente, el 31 de diciembre en la noche se suspendió el tráfico de automóviles en las calles principales, y hay que tener en cuenta que en Los Angeles hay en uso casi un millón y medio de carros. Esto me hace acordar aquel ministro protestante que predicando en Bogotá sobre la muerte de nuestro Salvador, para ser más patético dijo: «Aquel día de horror y tinieblas se suspendieron en Inglaterra todos los ferrocarriles y no salió *The Times*». La iluminación fue maravillosa: chorros de luz de diferentes y vivísimos colores alumbran la ciudad desde la puesta del sol, a las cuatro de la tarde, porque son días de invierno; raudas y rápidas caudas de invisibles cometas decoran el cielo; millares de serpentinas se cruzan en todas direcciones, y un número inconcebible de pitos y flautas preludian la llegada del nuevo viajero, de un segundo de vida, con su carga de misterios escondida bajo el manto de la noche.

Este pueblo poderoso, soberbio y temible, tiene en ocasiones ingenuidades de niño. Cualquiera cosa, por insignificante que sea, le llama fuertemente la atención;

y en estas fiestas medio infantiles, como la de año nuevo, no es raro que un joven le diga un piropo a una muchacha; que ésta se dé por ofendida y le conteste al imprudente galán con un formidable puñetazo, porque en este país no se sabe cuál es el sexo débil; que otra vez el galán tome la ofensiva, y que se presente en un relámpago una adorable escena de boxeo, antes de que se dé cuenta de ello el austero y vigilante miembro de la policía envuelto entre el tumulto.

Mucho antes del día de navidad empieza un sorprendente movimiento en todos los deslumbradores almacenes de la ciudad. Todo lo que se vende en el mes de diciembre no tiene más objetivo que la fiesta de *Cristmas* y los días que siguen hasta año nuevo. Canastas de bellas flores, ricos dulces y hermosos presentes se cruzan en navidad de aquí para allá, y no hay nadie, por humilde que sea su condición, porque pobres no hay, que no envíe y reciba a su turno regalos. En tarjetas de saludo no más se gastan muchos miles y miles de pesos, y otros muchísimos miles en objetos de lujo y de muchas clases. Hay también maravillosos bailes y saraos, ágapes y cuchipandas. Esta fiesta es la fiesta de los niños, los cuales gozan de una especie de culto en los Estados Unidos; pero en las familias americanas no pasan de dos, o tres a lo sumo, estos seres en cuyos ojos dulces y serenos se esconden las maravillosas revelaciones de la vida que viene. Este gran pueblo ha proclamado con orgullo los derechos, no del hombre, sino los del niño. El que le ha dado la vida a un ser, sea como fuere, tiene la obligación de alimentarlo y velar por su educación hasta los diez y ocho años de edad; y si por desgracia un niño llega a perder a sus padres, el Estado se encarga de hacer de él un vigoroso y austero ciudadano de los Estados Unidos.

Pero el deseado obsequiante de los niños no es en este país el Niño Jesús, nacido en un pesebre y calentado por unas ovejas y un buey; no es el Niño Dios que al golpe de la media noche se acerca a la cama de los otros niños; les deja en zapatico de oro muñecas y dulces, y huye en seguida rodeado de sus ángeles entre las nubes del alba. El amado de los niños es la figura grotesca de *Saint Klaus* o *Senclós*, como pronuncian aquí. Figuran este singular personaje como un viejo de sesenta o setenta años; alto y ancho; los ojos claros y encendidas las mejillas; la barba poblada y blanca como la nieve; la boca risueña; rojo el gorro que le cubre la cabeza y rojo el vestido que lleva. En muchos almacenes proclaman la excelencia de los objetos uno o muchos individuos disfrazados de *Senclós*; millares de muñecos y figurillas lo representan también, y por unos días el extraño viejo invade toda la ruidosa ciudad. Las mismas columnas que sostienen las lámparas del alumbrado público en Hollywood, en cuyas cercanías vivo, aparecieron convertidas en representaciones del septuagenario protector y amigo de los niños.

Durante estas noches de invierno, en que intenso frío se apodera por breve tiempo de Los Angeles, me he puesto a calentar junto, no al hogar, sino al moderno calentador americano; y apartando con impaciencia las rubicundas figurillas de *Senclós*, que a mí nada me dicen, me he reconcentrado en mí mismo pensando en el Niño Jesús de mi raza y mis antepasados. A través de los vidrios de mi habitación alcanzo a divisar, por entre los árboles de la avenida, una luz tenue y rojiza que sale de la pequeña y oscura casa frontera, cuyas diminutas ventanas están aún entre abiertas. No lejos un piano me deja oír a trechos sus lánguidas notas. Me parece entonces que la abuela empieza el cuento anhe-

lado. *Erase que se era.....* Los niños oyen con atención, en tanto que el fuego ilumina sus caritas alegres. El padre, de rostro bonachón y conciencia tranquila, recuerda en la guitarra o el arpa alguna música de otros tiempos, y de repente.... ¿Qué pasa? El cuento era un tanto medroso y los niños están un poquito asustados. Tres tímidos golpes se sienten en la puerta. El mastín de la casa late en la sombra. ¿Quién podrá llamar a estas horas de la noche, soplando el viento y cayendo la nieve? ¡Es otro niño perdido en la oscuridad que pide amparo en la mansión solitaria! ¿Será que lo envía el Niño Dios? Quien sabe, pero la alegría brota en los corazones como una fuente encantada. Suena el arpa, cantan los niños, la madre adereza la cena, el padre saca la vieja bota rebozando de exquisito vino y luégo el sueño hace que se entornden los párpados.

Me dejé arrastrar por la fantasía. No son los Estados Unidos país propicio a la poesía. Es ésta ante todo una escuela de orden y lucha intensa por la vida. Todo en la educación se dirige a mejorar el capital humano, el hombre, a hacer de él un producto de admirable selección. ¿Qué es Nueva York? le pregunté a un amigo. Es, me contestó, un conglomerado de unos cuantos individuos condenados a trabajos forzados. California, según parece, tiene caracteres que la diferencian de muchos de los otros Estados de la Unión. Como aún no puedo hacer comparaciones, ante muchas cosas me quedo perplejo mirándome la punta de las narices.

Soy de S. S. viejo discípulo y amigo,

LUIS MARÍA MORA.

